

Nuevos medios, nuevas redes: nuevas alfabetizaciones

José Manuel Pérez Tornero¹

El retorno a un nuevo nomadismo

Cuando la humanidad pasó del estado nómada al sedentario –es decir, de la caza y la pesca a la agricultura y la ganadería- cambió su relación con el espacio, con el tiempo y con la naturaleza. Y, de este modo, acomodó todos sus utensilios, su tecnología y su estilo de vida, creando una nueva cultura y nuevas instituciones que todavía, en muchos aspectos, perduran.

Cuando se desarrolla la llamada revolución digital (*numérique*) -a finales del siglo XX y principios del XXI- se produce una inversión de las orientaciones fundamentales de nuestra cultura sedentaria. La *cultura digital* –mediante un desarrollo acelerado de las tecnologías de la información y la comunicación- provoca la crisis de ciertos fundamentos de sedentarismo y conduce al “retorno” de un nuevo nomadismo.

En el centro de esta nueva cultura digital, se halla la pérdida de importancia del espacio y del tiempo como principal factor de organización cultural. Lo cual provoca la súbita aparición de nuevos *viajes virtuales y reales* que conducen a la creación de nuevas *redes de relaciones y contactos personales*. Nos adentramos en una nueva *cultura nómada*.

Cambio en los *instrumentos* culturales

Los útiles y las instituciones esenciales que con el paso del tiempo han venido desarrollándose dentro la cultura sedentaria sufren, con el cambio de entorno, una seria transformación. Atendamos aquí sólo a algunas que son centrales en el mundo de la enseñanza.

La escritura y lectura convencionales, el mundo del libro y las escuelas que conocemos guardan todavía ese estilo propio de una cultura sedentaria. Pero empiezan a transformarse a causa de esta nueva *cultura nómada*. ¿Cuáles son esas transformaciones? Repasemos las principales.

¹ Dr. en Semiótica y comunicación. Catedrático y Director del Gabinete de Comunicación y Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona. Es miembro del Grupo de expertos de la Comisión Europea sobre Media Literacy y Coordinador del proyecto Europeo sobre la Educación en Medios en la Educación (www.emedus.org; emedus.com). josepmanuel.perez@uab.cat

La escritura y la lectura tradicionales estaban ligadas a una lengua vernácula, es decir, a una lengua del lugar, del hogar. Al mismo tiempo, ambas proponían un curso de sentido continuo y obligado. Estaban sujetas, pues, a una linealidad estable, fijada en renglones o columnas que se derivaban de la bi-dimensionalidad del papel.

Los libros, por su parte, se imprimían —y se imprimen— en un lugar y espacio concretos y, aunque multiplicados por cientos o miles de ejemplares, su consumo estaba y está fuertemente sujeto a la distribución. Es decir, al movimiento físico, al uso y apropiación de un objeto —el ejemplar del libro— y de un espacio —el de lectura: biblioteca, hogar, escuela, etc.— por parte de sus lectores.

Cambio en las escuelas

Finalmente, las escuelas han funcionado tradicionalmente como espacios contenedores de saber, cerrados y estables. En ellos, los libros y las lenguas vernáculas constituían y constituyen elementos esenciales de su organización y contribuían a asentar el marco de lo sedentario.

Pero estas características y valores se erosionan dentro de la cultura digital nómada que se va imponiendo. El nomadismo al que nos conduce dicha cultura digital está trastocándolo todo.

Las nuevas escrituras y las nuevas lecturas ligadas a los medios digitales ya no son estrictamente vernáculas —ni nacionales, ni locales, ni del hogar—.

La imagen, la música moderna y el audiovisual se han convertido, por ejemplo, en semióticas casi universales que trascienden los territorios. El inglés, por su parte, está operando como una nueva *lingua franca* —passe-partout— en casi todo el planeta. A la vez, nuevos códigos propiciados por el desarrollo de Internet y de programas concretos, se están convirtiendo también en universales.

Todo ello acaba, en cierta manera, con la importancia que tenía antes el lugar, la localidad.

Por otra parte, ni la escritura ni la lectura que proponen los nuevos medios son ya lineales, ni continuas, ni funcionan como un curso obligado. Sus tradicionales trayectorias estables empiezan a quebrarse.

Las escrituras y las lecturas más difundidas en la actualidad son multi-media y multi-semiótica o hipertextual, e impulsan a una *navegación semiótica zigzagueante* que tanto avanza como retrocede y que es capaz, mediante la *realidad aumentada* —entre otros procedimientos— traspasar la bi-dimensionalidad impuesta por el plano del papel.

Los libros, por su parte, han sufrido una transformación esencial. Internet y los sistemas digitales han mudado su naturaleza. No importa ya el lugar, ni el espacio, ni su valor como objeto -es decir, su fisicidad-. Son ya interactivos, móviles, accesibles *en la nube* desde cualquier lugar y en cualquier momento. Por tanto, los libros no son ya objetos físicos, no se inscriben en un espacio real, sino que circulan a su modo por el espacio virtual.

Finalmente, por su lado, la escuela ha vivido la transformación que impone la cultura digital a todas nuestras instituciones pero a ello añade el impacto de los cambios que les impone la transformación de lo que eran sus instrumentos principales: los lenguajes que se integran en ella y los libros.

Estos cambios pueden considerarse decisivos si tenemos en cuenta que las escuelas han jugado en los últimos siglos un papel clave en la transmisión del conocimiento y de los valores culturales.

Veamos, en primer lugar, lo que cambia en relación a los lenguajes y semióticas empleadas en las escuelas.

Muchas de nuestras escuelas, que se habían constituido durante siglos como pilares esenciales de las lenguas y las culturas nacionales, afrontan hoy en día el reto del multilingüismo y de la interculturalidad. En Europa, por ejemplo, en muchos países, junto a las lenguas nacionales se tiende a introducir el inglés como segunda lengua, y empiezan a admitirse otras lenguas -vernáculos o extranjeras- como parte del currículo. Del mismo modo, aunque sin cambiar el currículo, muchas escuelas europeas se enfrentan al reto de integrar en sus aulas estudiantes con diversas lenguas maternas, religiones y culturas diferentes.

En segundo lugar, está el cambio de instrumentos.

Con sólo incorporar las nuevas tecnologías de la información y la comunicación, afrontan el reto de asumir los nuevos códigos en instrumentos que éstas conllevan. Códigos que, además de ser nuevos, tienden a ser universales y se superponen a los códigos vernáculos. Afrontan, de hecho, el amplio reto de que se denomina la alfabetización mediática e informacional que exige la cultura digital.

En tercer lugar, como consecuencia de todos esos cambios, las escuelas se van a ver enfrentadas a un cambio de roles institucionales de primera magnitud. De ser depositarias de un saber estabilizado -de producción lenta- se van a convertir en nodos de un saber en un acelerado proceso de producción.

Todo ello son indicios de que la cultura digital nómada se convierte en el entorno propio de las escuelas contemporáneas y representa una potencia de cambio difícilmente resistible.

EL sentido de la transformación

¿Qué significa para la escuela, en general y para la escuela europea en particular, la llegada de la cultura digital nómada?

Supone, sin duda, una transformación inevitable, se mire como se mire. Sea cual sea la reacción del profesorado o de las autoridades educativas -afronten todos ellos los problemas con talante innovador o conservador- lo seguro es que dentro de unos años las escuelas europeas serán bien distintas. Veamos algunos elementos decisivos en este panorama.

1. Es muy probable que Internet y el uso de nuevos medios –ordenadores, tabletas, móviles, pantallas, etc.- se habrá generalizado.
2. También es bastante probable que los profesores –con mayor o menor intensidad- vayan incorporando las TICs en su práctica educativa y que, aprovechándolas, cambien los materiales didácticos, las relaciones entre el profesorado y el alumno, las relaciones entre la escuela y los hogares y la misma relación entre la escuela y su entorno.
3. Es también, muy probable, que los lenguajes empleados en la educación se habrán multiplicado, no sólo por la presencia de otros idiomas, sino por la incorporación del lenguaje audiovisual y multimedia como parte integrante de la práctica escolar. El profesorado tenderá a utilizar más medios y recursos audiovisuales en sus exposiciones, los estudiantes en su tarea de estudio y, en general todos para aumentar sus capacidades de expresión y creatividad. Todo ello exigirá nuevos enfoques a la hora de aprender a usar estos nuevos lenguajes.
4. Con casi toda probabilidad, los currículos escolares introducirán algunos aspectos novedosos como mayor flexibilización en los contenidos, mayor adaptación a los contextos locales o a la diversidad de los estudiantes y sus capacidades. Pero, en todo caso, el vector de actualización y puesta al día será clave en el tema de contenidos. Por otra parte, los objetivos curriculares se plantearán la adquisición de nuevas competencias como un hecho esencial y volcarán en ello su máximo esfuerzo.
5. Con relativa facilidad, las escuelas y las escuelas europeas en particular tenderán a crear redes de cooperación y de trabajo cooperativo, estimularán las actividades grupales y, con esto, aparecerá un sujeto colectivo que será el nuevo protagonista de la educación: el grupo de alumnos y la misma escuela.

Por otro lado, las escuelas y los grupos de profesores, al disponer de mejores medios de relación a través de las tecnologías, fomentarán la colaboración mutua, intercambiarán experiencias y trabajarán en común.

Todos estos cambios pueden resumirse en la idea de que las nuevas escuelas y las aulas ya no serán *cerradas*, sino que actuarán como nodos de comunicación entre el profesorado y los estudiantes, por supuesto, pero, también, entre la escuela y el entorno y el mundo global. No es extraño, por tanto, que se empiece a hablar de “aulas globales” o de “espacios de aprendizaje abiertos”.

Las escuelas europeas del futuro serán, por tanto, escuelas *comunicantes*, en las que los flujos de comunicación que sean capaces de generar y de ofrecer a sus estudiantes serán su mejor contribución y su mejor repuesta al desarrollo de la cultura digital.

Un nuevo esfuerzo de alfabetización

Pero pasar de una escuela cerrada sobre sí misma, a una escuela comunicante requiere aumentar las capacidades comunicativas y semióticas de todos sus actores, requiere una nueva alfabetización.

La alfabetización que procuraba la escuela de la cultura sedentaria se basaba en la formación en el lenguaje vernáculo y su escritura²—y las escrituras ligados a ellos, tales como la literatura, la filosofía, etc.-. El aprendizaje de la gramática y sus reglas, de la escritura y su retórica y sus géneros, y, en general, el análisis de los lenguajes y los discursos —análisis de textos- se convirtieron en la escuela de la cultura sedentaria, en un núcleo curricular central.

Hoy en día, sin que se haya abandonado la absoluta conveniencia de reforzar la alfabetización convencional, lo cierto es que se hace preciso incluir nuevas alfabetizaciones. La UNESCO ha hablado de alfabetización informacional y mediática. Y la Comisión Europea resume todo ello en el concepto de *media literacy*. Pero, en cualquier caso, todos aceptan que el trabajo esencial de la escuela es despertar las habilidades de los estudiantes en todos los lenguajes, con todos los soportes en que se accede a estos lenguajes y en su naturaleza multimediática.

Y es necesario que esa nueva alfabetización forme parte también del bagaje del profesorado.

El objetivo de la nueva competencia mediática, de esta nueva alfabetización, es fortalecer el sentido de autonomía del estudiante —y de los profesores-, capacitarle a

² También se introducía el lenguaje de las matemáticas, pero éste pertenece ya a un campo más universal.

tomar decisiones informadas, a aumentar su sentido crítico ante los mensajes de cualquier medio, a facilitarle la resolución de problemas y a apropiarse de los nuevos recursos de un modo significativo.

Para ello, la enseñanza debe profundizar en el sentido del lenguaje y en cómo los dispositivos tecnológicos recrean las condiciones en que ese sentido se produce, se almacena y se interpreta.

Estamos, pues, ante el reto de promover nuevas formas de lectura y de interacción con los medios y a través de los medios. Esto sólo será posible si dejamos entrar los lenguajes habituales de los estudiantes a las aulas –el lenguaje de la televisión, del audiovisual, del cine, de las redes sociales, etc.-. Todos ellos pueden y deben constituir medios y objetos de estudio en la nueva escuela.

Potenciar esta nueva alfabetización no puede consistir sólo en un cambio curricular. Implica a la escuela entera, a sus formas de organización, su distribución de roles, su funcionamiento y sus recursos. Se trata de asumir una nueva cultura mediática que debe incorporarse, con seguridad, a las prácticas pedagógicas habituales, pero que permitirá crear otras nuevas en las que se necesitarán nuevos espacios y nuevos tiempos.

Esta misma cultura mediática dependerá de que se asuman los nuevos recursos –libros digitales, plataformas interactivas, redes sociales, sistemas de trabajo colaborativo, etc.- Y de que todos ellos se integren sistemáticamente en todas las actividades escolares, desde el funcionamiento de las bibliotecas, hasta el de las aulas, pasando por los talleres y laboratorios, salas de actos, etc.

Y todos estos recursos servirán para proyectar la escuela a su entorno, para tender relaciones nuevas con los actores que conforman o pueden conformar la comunidad educativa. El eslogan de educación a lo largo de la vida significa también educación fuera del recinto escolar y en cualquier momento de la vida de los escolares.

Finalmente, esta nueva escuela deberá afrontar el reto de la multiplicidad de cultural que hay en su seno. Y esto lo podrá hacer potenciando la dimensión intercultural de la nueva alfabetización. Las culturas son también lenguajes, valores que se expresan con diferentes gramáticas.

Dos años para cambiar

La Unión Europea ha dibujado un horizonte tecnológico para el año 2020 bien distinto al actual. En ese horizonte, tal vez los sistemas de telefonía móvil se regirán por un nuevo sistema, el 5G enormemente más potente que el actual 3G o el incipiente 4G. Los entornos digitales para la educación serán holísticos, globales, con avanzadísimos

sistemas de simulación virtual, con enormes capacidades para el trabajo cooperativo. La nanotecnología se habrá introducido en la vida cotidiana. Internet será mucho más inteligente que hoy. La capacidad de memorización global y de registro de la realidad estará al alcance de la mano.

Buena parte de los que serán nuevos profesores en el 2020 y tendrán que responder a este reto se encuentran hoy en las universidades o en el bachillerato. Si esos futuros profesores no empiezan a adquirir en su formación inicial lo que serán herramientas de futuro, difícilmente podrán enseñarlas a sus alumnos.

Por otro lado, y yendo más allá en el razonamiento, si el cambio tecnológico y cultural es tan acelerado y tan fuerte como el que se intuye es que podremos esperar a que sea la próxima generación de profesores la que introduzca el cambio en las aulas. De ningún modo, el cambio debe empezar ya.

Por qué decimos “dos años para cambiar”. Decimos dos, porque admitimos que se trata de un cambio urgentísimo y decisivo que no puede demorarse. Pero admitimos que, como mínimo son dos, porque la planificación e implementación de un cambio requiere un cierto tiempo. Y son precisamente dos porque 2013 es un punto de inflexión en la investigación e innovación europea –pasamos del 7º programa Marco al Horizonte 2020-, porque ya nadie duda de que el marco de nuevas competencias –que se empezó a vislumbrar en el 2002 y a aplicarse en el 2006- está ya asumido por toda Europa y ha transformado casi todos los currículos.

Y son dos porque ya la UNESCO ha lanzado su currículo para formación de profesores en Media and Information Literacy y porque la Unión Europea obliga a los estados miembros a medir las capacidades mediáticas de sus ciudadanos por primera vez el año próximo.

Y, finalmente, dos, porque es el plazo de salida de la actual crisis económica.

Dos años para que las escuelas europeas puedan asumir completamente su destino digital, es lo máximo que se puede esperar si se quiere aspirar a una Europa más desarrollada en el año 2020.